

dienicia; y por último el guerrero Al Habáb Azzahrí, que sin embargo de derrotar al gobernador de Zaragoza, fiel á los Modharitas, fué ignominiosamente vencido por Yusuf en persona. El gobierno de este personage duró hasta el año de 755, época en la cual el famoso yástago de la dinastía de Merwan, huyendo del negro pendon de los Abassidas que habian usurpado el Califato de Damasco, vino á fundar el Califato de Occidente en la hermosa region del Guadalquivir.

Poco figuran los pueblos de las provincias de Sevilla y Cádiz en la guerra que los Yemenitas partidarios de Abderrahman hijo de Moawia sostuvieron con los secuaces de Yusuf hasta lanzar á este del puesto supremo en que se hallaba. La gran trasformacion que debia verificarse se preparó en Elvira entre los árabes adictos á los Umeyas y los Sirios damascenos, y se empezó á realizar con la memorable batalla de Músara cerca de Córdoba. Las historias árabes cuentan que las poblaciones del tránsito se fueron todas unas tras otras declarando en favor del noble y jóven pretendiente, merced al influjo de los caudillos yemenitas enemigos de los Kays y de los Beni Fehr, y que Sidonia, Moron y Sevilla le fueron sucesivamente abriendo sus puertas, aprovechando esta última la ausencia de Yusuf que estaba entretenido en la guerra de Aragon. Añaden que el plan de campaña que dió por resultado la sangrienta batalla de Músara fué concertado en Sevilla en consejo de capitanes convocado por Abderrahman, y que en los campos de Tocina (Toshinah), donde hizo alto la hueste invasora marchando sobre la capital, fué donde por no tener aun bandera el ejército que mandaba el predestinado Umeya, ocurrió por primera vez el pensamiento de prender un turbante en lo alto de una pica: enseña gloriosa, que aun después de hecha girones, se conservó en lo sucesivo con el mayor cuidado, y que, como misterioso talisman, atrajo siempre á la fortuna hacia las armas de aquella dinastía en cuantos conflictos tuvo luego que sostener contra sus enemigos. Mas adelante veremos que no fueron los Modharitas los únicos que contrastaron la exaltacion de Abderrahman al mando supremo, sino que le suscitaron tambien obstáculos los mismos Yemenitas, convirtiéndose de auxiliares en enemigos.

Uno de los mas útiles partidarios del jóven príncipe Umeya fué su próximo deudo Abdulmalek, hijo de Omar y nieto del Califa Merwan. Honrado y distinguido por Abderrahman con el gobierno de Sevilla, correspondió noblemente á la confianza de su primo y señor, así en la

administracion de la rica y populosa ciudad puesta bajo su mando, como en la guerra que volvió á encender el vencido Yusuf enarbolando la enseña de la rebelion. Cuentan que ofendido este antiguo caudillo de una sentencia, dictada por un magistrado de Córdoba en un juicio que tuvo que sostener con algunos de sus colonos, y temeroso del enojo del Umeya, á quien oficiosos y bajos cortesanos habian llevado la noticia de ciertas expresiones sediciosas que con aquel motivo habia proferido, allegó sus numerosos partidarios en Mérida. Sabedor Abderrahman de este acto de aparente rebeldía, resolvio marchar contra él: Yusuf entonces se apercibió á la guerra y avanzó hacia Córdoba; pero viendo á su rey con numerosas fuerzas, torció la vuelta de Sevilla, cuyo gobernador le presentó la batalla y le derrotó. Huyó el rebelde del campo, pero un árabe, llamado Abdallah Ben Amrú Al-Ansari, que le encontró en las cercanías de Toledo, le reconoció y le dió muerte llevando su cabeza á Córdoba. El Amir hizo tambien degollar á su hijo Abderrahman, y mandó que este acontecimiento fuese anunciado á los habitantes con público pregón, y que las cabezas de ambos clavadas en sendas picas fuesen puestas á la entrada de su palacio para escarmiento de rebeldes. No fué esta importante victoria la única que Abdulmalek proporcionó al Umeya. En el año 763, Alala Ben Mughiz Alyassobi zarpó desde el Africa oriental con intento de restablecer en España el negro pendon de los Abbassidas. Desembarcado en Andalucía, se apoderó de Beja, donde se hizo fuerte. Publicó la guerra contra Abderrahman, y juntando en breve un numeroso ejército, estableció sus reales cerca de Sevilla. Marchó sobre él el impetuoso gobernador, trabóse una encarnizada batalla, y el invasor mismo cayó en sus manos con gran número de sus oficiales. Refieren los escritores árabes que el Amir, para dar una lección terrorífica á sus enemigos los Beni Abbas, por cuyo impulso había traído á Andalucía la guerra el malhadado Mughiz, ordenó que las cabezas de los jefes vencidos, envueltas en las banderas negras de aquella estirpe odiosa, fuesen enviadas á la Meca en sacos cuidadosamente cosidos y sellados, dando las convenientes instrucciones á un mercader de su confianza á fin de que el Califa Abú Jafár Almansur, á la sazon reinante, no dejase de ver el contenido de aquellos bultos. El mercader se dió tal maña, que habiendo llegado á la Meca durante la peregrinación del Califa á la ciudad santa, consiguió depositar su nefando cargamento á la puerta misma de su tienda: advirtiéronlo

las guardias por la mañana, dieron parte del suceso á Abú Jafar, y este con grande impaciencia, sin maliciarse el contenido de los sacos, los hizo abrir, exclamando lleno de horror al presentarle la ensangrentada cabeza de Mughíz: «¡Oh maldecido Abderrahman, harto me descubre »la suerte de este infeliz guerrero tus depravadas intenciones! ¡Bendito sea Alá que entre nosotros dos ha puesto la mar de por medio!»

Los enemigos interiores no desistian: llegaron á levantarse dentro de Sevilla los mismos Yemenitas. Dos gefes descontentos, Abdul Ghafar y Haywat Ben Mulámis, se rebelaron aprovechando la circunstancia de hallarse Abderrahman ocupado en una campaña contra Shakiá el Beber. Los sediciosos de Sevilla, unidos con los de Córdoba, formaron un grueso ejército, y el gobernador Abdulmalek salió contra ellos, confiando á su hijo Umeyyah el regimiento de la vanguardia, mientras el otro hijo, Omar, gobernador de Moron, permanecia en el distrito de su mando apercibido contra cualquier desgraciado evento. Al venir á las manos las huestes de ambos partidos, cedieron los del Amir al imponente número de los contrarios casi sin trabar combate, y aterrado Umeyyah volvió grupas hacia el cuartel de su padre, quien, al verle huir, lleno de enojo y de estóica severidad, le hizo prender mandándole degollar en seguida.

Dado este heróico y horrible ejemplo de disciplina, arengó á sus capitanes, y poniéndose á la cabeza de su hueste cargó al enemigo con ímpetu tan terrible, que completamente lo derrotó, dejando en el campo treinta mil cadáveres ambos ejércitos. El mismo Abdulmalek salió gravemente herido, y aseguran que al llegar al campamento Abderrahman despues de la batalla, viéndole cubierto de sangre y empuñando aún su diestra la espada rota en la refriega, le colmó de elogios en presencia de todos y le concedió para él y sus hijos una remuneracion espléndida. Pidióle una de sus hijas para su heredero Hixem, y le promovió en el acto á la alta dignidad de Wazir ó Visir, título que por primera y única vez concedió aquel Amir.

Abdulmalek Ben Omar era un poeta excelente: á inspiracion suya, durante su residencia en Sevilla, atribuye Almakkari aquellos conocidos versos á una palmera solitaria, que aplica Conde á distinto personaje y distinta localidad, si bien á una situacionanáloga, y que comienzan:

Tú tambien, insigne palma,  
eres aquí forastera, (1)  
etc., etc.

No le fueron á Abderrahman tan fieles los gobernadores que á este sucedieron en aquel importante distrito. Hayyat Ben Mulábis Al-hadhramí que desempeñaba el mismo cargo durante la rebelion de otro jefe yemenita llamado Abussabáh, se levantó contra la autoridad del Sultan secundándole los gobernadores de Niebla, Beja, y un Bereber fatimita que se le declaró enemigo en el Puerto de Santa María. Siguió el movimiento de estos en Algeciras Hasan Ben Abdilaziz. El escritor Annawayrí, diligente historiador de todas las sediciones ocurridas bajo el reinado de Abderrahman, refiere otros levantamientos de caudillos de cuenta, la mayor parte yemenitas: así, por ejemplo, el de Zoreyk Alghosaní, que, rebelándose también en Algeciras, comunicó tal empuje á su obra, que tomó á Jerez (Sidonia) y á Sevilla, dando mucho qué hacer al Sultan para recuperarlas; el de Hishám Ben Adhráh, cuyo pronunciamiento se verificó en Toledo, y por lo tanto no entra en el cuadro de nuestro actual estudio; el de Said Alyahssobi, que desde Niebla llevó denodadamente la rebelion á Sevilla, donde, después de tomada la ciudad, estrechado por las fuerzas del Amir, tuvo que recoger-

(1) Los versos que pone Almakkari en boca del gobernador de Sevilla Abdulmalek difieren en gran parte de los atribuidos por Conde á Abderrahman I, por lo cual no creo incurrir en imperdonable osadía ensayando su traducción de la manera siguiente:

Como yo, palmera hermosa,  
vives aquí solitaria:  
á ti tambien de los tuyos  
te aleja la suerte infausa.  
Lloras, ay, y de tus flores  
el blanco caliz desmaya:  
lacios pendan sus racimos,  
que aura extrangera no halaga.  
Pesares hondos anuncias;  
¿lamentas acaso, oh palma,  
que tu simiente arrebaten  
los vientos de la montaña?  
— ¡Lloro, sí, porque aunque prenda  
en suelo que riegan aguas  
cual las que el Eufrates lleva  
de Siria á las vegas caras,  
menguados serán mis hijos,  
no verán aquí su patria:  
que crueles Abassidas  
quieren que extrangeros nazcan!

se á un castillo llamado Raghúk, sin valerle la asistencia de su afiliado Alkama-Alakmi, el cual, reuniendo en vano en Sidonia tribus y caudillos marchaba en su socorro, y antes de llegar á la fortaleza sitiada cayó en manos de Bedr liberto favorito del príncipe Umeya. No nos detendrémos mas en estas conspiraciones, todas felizmente abortadas; dirémos para concluir, que siendo inextinguibles los odios entre los Yemitas y Modharitas, y convencido el príncipe, que por su sangre pertenecía á estos últimos, de la imposibilidad de tener á raya á las tribus árabes rebeldes con solo el prestigio de la justicia y de la buena administracion, echó mano del único medio de gobierno eficaz en los pueblos semibárbaros, como lo eran á la sazon los musulmanes, que fué confiar la guarda del Estado á gente mercenaria y probada. Cortó todo trato y comunicacion con los altivos é indómitos jefes de las tribus, y se rodeó de eslavos y secuaces fieles de todas las provincias de España y de la misma Africa. Envió emisarios para alistar Bereberes en su servicio, y á estos, voluntariamente enganchados, dió tan excelente trato, que luego les siguieron otros muchos. De este modo, cuenta Ben Hayán, llegó á juntar Abderrahman un ejército de mas de cuarenta mil hombres todos eslavos y mauritanos, que le dió la victoria en lo sucesivo en las civiles contiendas.

Despues de la muerte de Abderrahman, y cuando ya habian surgido en la España musulmana nuevos intereses de resultas de la fusion de los hispano-godos con los vencedores, se formaron otros dos partidos poderosos que pusieron el reino fundado por aquel ilustre Umeya en inminente peligro de ruina. Fueron estos dos partidos los Arabes de raza pura y los *Muwallads* ó gente de sangre mezclada; sus enemistades ensangrentaron la Península bajo el reinado de Abdallah, especialmente en las provincias menos sujetas á la accion del gobierno central, como el Algarbe, Toledo y Zaragoza. En las ciudades de Andalucía era mayor la vigilancia de los agentes cordobeses, y menos de consiguiente el espíritu de sedicion. Sin embargo, el tantas veces citado Ben Hayán, que escribió unos anales muy completos de las rebeliones ocurridas contra la exaltacion de Abdallah al trono, nos describe á un magnate de Sevilla, nombrado Ibrahim Ben Hejáj, muy prepotente en esta ciudad y en Carmona, viviendo en una independencia casi absoluta, escoltado siempre por un cuerpo de quinientos ginetes, rodeado de poetas y parásitos, nombrando y destituyendo á su antojo á los cadíes y

oficiales públicos de aquel territorio, y usando finalmente, con afrenta de la suprema autoridad residente en Córdoba, la vestidura llamada *tiráz* que ostentaba en la orla estampado su nombre y que era insignia exclusiva de los Amires.

El poder de los U梅eyas en Andalucía no fué contrastado solamente por las tradicionales enemistades de raza y por las sediciones de los ambiciosos; tuvo tambien que resistir invasiones de gentes extrañas, y pujantes acometidas de los nuevos Estados cristianos que se formaban en la España animada del noble deseo de su restauracion. Bajo este punto de vista, ofrece el Califato andaluz un cuadro complejo del mayor interés durante los siglos IX y X. Resalta por un lado la gran prosperidad material de los árabes conquistadores, que á pesar de sus disensiones intestinas alcanzan bajo la autoridad enérgica y tutelar de los Abderrahmanes y Alhaquemes, de los Mohammad y de los Abdallahs, un grado de cultura cual no lo habian soñado los pueblos septentrionales y occidentales reunidos bajo el cetro de Carlomagno: un esplendor científico, comercial, industrial, militar y artístico solo comparable con el que habian dado á Damasco y Bagdad los Califas de Oriente, herederos y émulos de la sabiduría del Bajo Imperio. Presenta en esta época la cultura islamita en nuestra España un carácter singular de tolerancia filosófica, por cuya virtud las Iglesias de la Bética conservan sus prelados, la grey cristiana de sus poblaciones mantiene sus templos, su culto y sus monasterios, y estos *mozárabes* viven en el goce de su religion y de sus leyes privativas, bajo la jurisdiccion de sus obispos en lo eclesiástico y de sus condes en lo civil, en una paz solo interrumpida por las exigencias de la inexorable razon de estado, que produce mártires insignes como Adulfo, Juan y Aurea, apóstatas execrables como el metropolitano Recafredo, y pontífices preclaros como Juan Hispalense (1). Adviértense en el mismo cuadro por otra parte infatigables esfuerzos debidos al espíritu que el Evangelio ha infundido en la España cristiana, que lejos de ceder al prestigio de la cultura islamita, la combate como contagiosa lepra, haciendo prodigios de incontrastable

(1) Quien deseé saber pormenores acerca de estos personajes históricos puede consultar la *España sagrada*, trat. 29, tomo IX.

Habiendo escrito latamente en nuestro tomo de CÓRDOBA sobre la cultura árabe-hispana y sobre la condicion de los cristianos muzárabes de Andalucía en los siglos IX y X, creemos conveniente omitir en el presente trabajo noticias circunstanciadas en ambas materias.

fé y de santa destructora saña contra la prepotente y bien organizada milicia de los Emires. Dibújanse aquí las grandes y aun no bien caracterizadas figuras de los Alfonso, Ramiro y Ordoño, y de aquellos inclitos condes de Castilla que en cien gloriosas campañas aniquilan con el rayo de la cruz á los sectarios del Corán, y cayendo sobre ellos desde sus enriscados campamentos los llevan arrollados como maleza que arrebata el torrente hasta las fériles y viciosas campiñas del Tajo, del Guadiana y del Guadalquivir. Ultimamente en la agitada escena de esas dos centurias aparecen amenazantes sobre las risueñas costas de Andalucía, si bien á largos intervalos, pero con el periodismo de ciertos meteóros, los terribles *hombres del Norte*, ó Escandinavos, enemigos tan implacables de la cristiandad como los mismos sarracenos. Estos formidables invasores, á quienes los árabes daban el nombre de *majús* (1), para significar que eran idólatras, adoradores del fuego, pasaban por intrépidos navegantes, y el Occidente aterrado á la vista de sus *dragones* (2) los apellidaba *reyes del mar*. Sus bajeles se abrían paso al interior de las naciones por toda clase de ríos: navegando contra las corrientes más impetuosas, sobrecogían á las poblaciones de sus orillas; embestían de golpe las populosas y ricas ciudades de la marina y de los estuarios y después de saquearlas lo llevaban todo á sangre y fuego. Estas temidas invasiones habían dado mucho que hacer á Carlomagno, el cual para contenerlas había mandado fortificar los desembocaderos de los ríos de Francia; pero su muerte fué como la señal de una invasión general para todos aquellos piratas, y desde la primera mitad del noveno siglo hasta muy entrado el décimo estuvieron incesantemente estragando las más florecientes naciones. No se limitaron estos estragos á las costas del Báltico y del Atlántico: participaron de la triste suerte de Alemania, Inglaterra y Francia, España y otras tierras mediterráneas, sin exceptuar la misma África, donde dejaron un formidable presidio. El autor del libro árabe titulado *Kitábu-l-giarafíyya* que describe la famosa torre de Cádiz y su ídolo, habla de estas invasiones de

(1) De *majús*, derivación del griego *magos*, vienen los vocablos *almajuces*, *almonzudes* y *almonides* con que designan a los piratas escandinavos nuestras antiguas crónicas. En las historias extranjeras se los señala generalmente con la voz de *Normanos* ó *Normandos*, y esta es la que ha prevalecido entre los escritores modernos.— Acerca de sus invasiones periódicas consultese la excelente obra de Depping, *Historia de las expediciones de los Normandos*, tom. I, p. 96.

(2) Nombre que daban á sus bajeles. Los árabes llamaban á estos *karákir*, de donde se deriva tal vez la palabra *carraca*.

los Normandos, y es curiosa la siguiente narración: «Es fama entre los muslimes andaluces y africanos que aquel ídolo ejercia sobre el mar una especie de sortilegio, que no desapareció hasta que fué derribado por el almirante Alí Ben Isa Ben Maymun en el año 540 (A. D. 1145) al principio de la segunda guerra civil. Desde muy antiguo aparecían en el Océano unos anchos bajeles que los andaluces llamaban *karákir* y llevaban una vela cuadrada en la proa y otra igual en la popa; gobernábanlos los llamados *majús*, hombres fuertes, determinados y buenos mareantes, los cuales en las costas donde arrimaban sus proas lo entraban todo á sangre y fuego cometiendo destrozos y cruidades inauditas. Los pobladores huían á su presencia llevándose lo que podían salvar de sus haciendas á las montañas, y dejando desamparada la marina. Las depredaciones de estos bárbaros se repetían periódicamente cada seis ó cada siete años: sus naves nunca bajaban de cuarenta, y algunas veces llegaron á ciento: durante su derrotero apresaban y destruían todo lo que encontraban al paso. La torre de Cádiz les era familiar, y tomando la dirección que les marcaba el ídolo, penetraban en el Estrecho siempre que les convenía, pasaban al Mediterráneo, asolaban las costas de España y de las islas cercanas, y muy á menudo llevaban sus depredaciones hasta los mismos confines de la Siria. Pero cuando el ídolo fué derribado, no se volvió mas á oír hablar de aquellos temibles piratas, ni volvieron á aparecer sus *karákir* en la estension de aquellos mares» (1).»

En el año 230 de la egira (A. D. 844), siendo Emir en Córdoba Abderrahman II, los *majús* ó Normandos bajaron desde sus altas regiones sobre las tierras de los muslimes de España. Aparecieron en las aguas de Lisboa primeramente: permanecieron en esta ciudad algunos días, en cuyo intermedio pelearon varias veces con los musulmanes. Avanzaron de allí á *Káyis* (Cádiz?) y luego á Sidonia (*Shidúnah*), donde sostuvieron con las tropas del Sultan una gran batalla. De Sidonia se corrieron á Sevilla, adonde llegaron el dia octavo de Moharram (24 de Setiembre de 844), y acamparon á doce leguas de la ciudad. Cuatro días despues los musulmanes les salieron al encuentro, pero fueron batidos con gran matanza. Acercáronse entonces más los invasores y establecieron su campamento á unas dos millas de la población. Los

(1) Almakkári. Lib. I, cap. VI.

habitantes de Sevilla salieron por segunda vez á oponérseles, y volvieron á ser vencidos con gran pérdida. Quedó el campo cubierto de cadáveres y de heridos, y el insaciable hierro de los *majús* se cebó en los hombres y en los animales del campo hasta penetrar en la misma Sevilla. Dobló la rica Emesa su cerviz al yugo de aquellos ferores depredadores; pero estos, después de cargarse de botín por espacio de un dia y de una noche solamente, se volvieron á sus dragones. En el intermedio fueron alcanzados por las tropas del Sultan, con quienes tuvieron un sangriento choque: lograron sin embargo alcanzar sus naves; mas otro cuerpo de tropas reales se presentó á su vista, y saltando de nuevo en tierra los Normandos le acometieron con inaudita furia. Los soldados de Abderrahman tuvieron que replegarse escarmientados: entonces levantáronse en armas indignadas y resueltas á pelear varonilmente contra los detestables piratas muchas poblaciones de la costa: acudieron provisiones de todos los distritos comarcanos, y los *majús* fueron acometidos y derrotados con pérdida de 500 hombres y varios bajeles, que después de despojados de las riquezas que contenian, entregaron los muslimes á las llamas. El historiador An-nuwayrí dice que de allí se encaminaron á *Leslah* y tomaron por sorpresa á *Shineba* (poblaciones que nos son desconocidas): desde donde fueron á aportar á una isla cercana á Cádiz. Estando en ella ocupados en repartir su botín, cayeron sobre ellos los musulmanes y les hicieron algunas muertes. Los *majús* volvieron sobre Sidonia: la asaltaron de noche, se apoderaron de sus bastimentos y cautivaron á sus habitantes. Permanecieron en ella dos días, y oyendo que la escuadra de Aderrahman había llegado á Sevilla, se encaminaron á Niebla, que tambien sorprendieron y saquearon. De allí fueron á Ossonoba, luego á Beja, y por último á Lisboa. Esta plaza fué la última que maltrataron, porque se dieron á la mar y no se volvió á oír hablar de ellos hasta muchos años después. El sultan visitó una por una todas las poblaciones que habian padecido en la invasion de aquellos bárbaros, reparó las devastaciones cometidas en ellas, y aumentó sus guarniciones para ponerlas á cubierto de nuevos golpes de mano.

A los quince años sin embargo volvieron á presentarse á vista de las conturbadas poblaciones de la costa andaluza los odiados dragones. Remontando el Guadalquivir, llegaron hasta Sevilla: pegaron fuego á su mezquita mayor y desaparecieron. Invadieron la costa de Africa, y des-

pues de robar sus ciudades volvieron á España y tomaron tierra en Murcia. La escuadra de Mohammad los atacó despues que asolaron la tierra de Tudmir y se apoderaron del castillo de Orihuela: les apresados bajeles y les echó á pique otros dos. Los *majús* con los restantes se encaminaron á Barcelona (1).

Las invasiones de estos piratas en el décimo siglo debieron ser ya menos formidables. La Escandinavia, abrazando la fé cristiana, había entrado en los senderos de la verdadera civilizacion, y los Normandos, antes tan feroces y bárbaros, se hallaban ya regularmente constituidos como nacion en las tierras septentrionales donde en un principio se instalaron como habituales merodeadores. Dueños de la Neustria por abandono de Carlos el simple á su duque Rollon, dueños tambien de toda la tierra que se estiende entre el Rhin y el Mosa inferior por cesion de Carlos el Gordo al duque Godofredo, ellos eran ya los que servian de dique á la Europa central contra otros piratas mas rezagados aun en el llamamiento sucesivo de los pueblos á la luz de la civilizacion cristiana. Las historias árabes no registran en este siglo X mas invasiones de Normandos que la que sufrió la comarca de Lisboa en el año 354 de la Egira (A. D. 965) siendo Sultan ó Emir Alhakem II. En esta ocasion, aunque saquearon y estragaron aquella tierra, los habitadores se armaron contra ellos y los obligaron á albergarse en sus naves. El Emir en persona acudió al parage de la incusion y proveyó á la defensa de la costa mandando á su almirante Abderrahman Ben Romáhis que los acometiese en la mar; pero fué inútil, porque ya habian dado cuenta de los piratas los intrépidos naturales (2).

(1) De esta expedicion de los Normandos, que corresponde á los dias del victorioso D. Ordoño I, hacen mencion el Albeldense, Sebastian de Salamanca, el autor anónimo *De gestis normannorum*, el arzobispo D. Rodrigo y otros, cuyas noticias resume Masdeu en estas líneas: «La armada Normanda, que en el año de 859 intentó un desembarco en la misma provincia (Galicia), como en tiempo de Ramiro, experimentó con la pérdida de algunos buques el valor del conde Pedro, Gobernador de Galicia, y se fué desde luego á tentar la suerte en otros dominios, pasando el Estrecho, y saqueando las costas mahometanas y francesas del Mediterráneo, juntamente con las Islas de Mallorca, Menorca y Formentera, que eran entonces de moros.»

(2) No sabemos de positivo si debe asimilarse con esta irrupcion de los Normandos, que las historias árabes refieren al año 965, la que Masdeu, guiado por nuestros antiguos cronistas, asigna al año 968, reinando en Leon D. Ramiro III, que mantenía pacés con Alhaquem Emir de Córdoba. Nuestra duda nace, no tanto de la fecha, cuya variedad es de poca importancia atendido que la divergencia no pasa de tres años, cuanto de la version en que se supone que los Normandos fueron completamente derrotados en los Estados de la España cristiana, sin que pudieran pasar adelante en su incusion. V. á Masdeu, lib. I de la *España árabe*, n.º CCI.